

## HISTORIA ORAL DEL SINDICALISMO SOCIALISTA (1888-1975)

Documental. Guión y dirección, Alicia ALTED. Montaje audiovisual,  
Juan RAMÓN MAROTO

Madrid, Fundación Francisco Largo Caballero, 2008, duración 65 minutos

La consideración de los soportes audiovisuales por parte del historiador se encuentra todavía hoy en un estado primitivo. Pocos dudan de la importancia del vídeo, DVD, cine, los blogs o internet para ayudar a la comprensión de la historia, pero a menudo se olvida que estos medios poseen condiciones tecnológicas propias que prefiguran también el uso de su sintaxis y recuerdan, en suma, que su misión no puede limitarse a la mera divulgación o ilustración. Asistimos, pues, a un divorcio hartamente peligroso: los medios de comunicación se han convertido en una maquinaria alternativa de (pseudo)historia, basada en la espectacularización, el morbo y un presentismo a ultranza; por otra parte, la historia del tiempo presente o historia inmediata es consciente de las necesidades de apelar a nuevos instrumentos, pero esta declaración de intenciones choca frecuentemente con el desprecio (no por involuntario menos grave) hacia los documentos específicos, supereditados al guión que relata la sucesión empírica de acontecimientos. Parece difícil salir de esta disyuntiva feroz.

En el terreno de los documentales cinematográficos, disponemos ya de una tradición consolidada: procedentes de la sociología, la antropología, la zoología, la filosofía o la historia, muchos cineastas emprendieron tareas de creación aunando conocimientos específicos, rigor de documentación a la universalización característica de las obras de arte. Estudiadas en el seno de la historia del cine durante muchos años, las obras de Flaherty, Grierson, Jean Rouch, Alain Resnais, Chris Marker, Claude Lanzmann, Harun Farocki y tantos otros están siendo recuperadas

por la historia. Son obras que, en su mayor parte, enseñan a entender sin divulgar, plantean preguntas más que ofrecen respuestas, aportan lo que un texto escrito, un ensayo académico, no podría ofrecer. Pero son en su mayor parte obras nacidas de ese dominio del espíritu que es el arte.

Estos grandes documentales se inscriben, pues, en el arte cinematográfico, que requiere un enorme gasto de producción, un conocimiento técnico y narrativo específico, una habilidad e inspiración elevadas. Estas obras serán siempre escasas y difíciles y su valoración nada resuelve. El esfuerzo realizado desde hace más de una década por algunos historiadores que incorporan fuentes orales, testimonios, documentos fotográficos y cinematográficos a su reflexión deben ser considerados desde otra óptica, más modesta quizá, pero extremadamente urgente y valiosa.

*Historia oral del sindicalismo socialista* ha de entenderse en esa prometedora línea de actuación, sobre todo si consideramos la personalidad de Alicia Alted que ha teorizado con gran rigor y utilizado en su muy dilatada producción las fuentes orales. Su objetivo es trazar la historia de casi un siglo de sindicalismo socialista (desde la creación de la UGT hasta la muerte de Franco). El film se apoya en diversos elementos: en primer lugar, los testimonios de militantes, sin duda el fundamental; en segundo, la voz del historiador que, mediante la conducción de una voz narradora, contextualiza, sitúa y almohadilla las intervenciones de los testigos; en tercero, los documentos fotográficos y cinematográficos en los que se apoya el discurso. En este sentido, sería más propio hablar de una historia audiovisual que de una historia oral, pues la imagen desempeña un papel, quizá secundario, pero no irrelevante. ¿Por qué, pues, un documento de historiador(a) desde el punto de vista audiovisual puede aportar algo que el formato televisivo (al menos, el español) no está ofreciendo y que el discurso académico tradicional ignora?

Su primer valor reside en la palabra del testigo. Los testimonios que escuchamos en *Historia oral...* exponen experiencias, anudan recuerdos, reflexionan sobre el pasado desde el presente. Se advierte un delicado respeto por su discurso. Precisamente, la dinámica propia de nuestros medios modernos se sostiene sobre la obturación del silencio, el *horror vacui* que una pausa del discurso produce ante la cámara: nuestros reportajes televisivos tienden a la saturación, a despecho de la persona que habla, y la saturación implica una indiferencia hacia las fallas (del lenguaje, del recuerdo, del gesto, de la deriva). Complementario de esta perversión es la imposición de la voz del montaje, que corta, empalma, conduce, impone. El historiador sabe del agudo contraste entre presente y pasado; el periodista vive en el presentismo imperativo. Para el historiador de *Historia oral...* el tiempo del recuerdo no es un acto de fe; es un problema. Para la televisión, para la *mística de la memoria*, la emoción es la historia. Es algo complejo porque lo que dice el testigo no siempre es pertinente, porque las derivas son frecuentes, porque las tomas de sonido no son siempre utilizables. Correlativamente, *Historia oral...* evita el peligro

inverso: la imposición presencial del entrevistador. Siempre fuera de campo, sólo en alguna ocasión, y probablemente por descuido, se oye su voz, su asentimiento.

Un problema surgía en el film: los testigos deben documentar los distintos períodos de la historia del sindicalismo, pero ¿quién puede testificar sobre acontecimientos de principios del siglo XX o incluso anteriores (1890, la Semana Trágica, la Huelga General de 1917)?<sup>1</sup> Es ahí donde el film busca soluciones de compromiso: el testimonio de un hijo, la semejanza temática con un acontecimiento para el que sí existe testimonio vivo (la inauguración de una Casa del Pueblo, por ejemplo).

La siguiente cuestión se refiere al uso del material de archivo. Los límites en el uso de este material son más marcados: junto a muy elocuentes fotografías, aparecen otros materiales conocidos y vídeos de calidad pobre. No es un problema de los autores. Antes bien, habría que hacer conscientes a los poderes públicos de que el arsenal de imágenes disponibles debieran ser accesibles sin coste al historiador y no una fuente de ingresos para las arcas del Estado; en otros términos, distinguir entre lo que supone un trabajo de conocimiento y una empresa comercial.

La diversidad de fuentes orales (los testigos, tan bien combinados, forman un gran número) precisa de un instrumento de conducción lineal: la voz se ocupa de ello. Lo hace de forma clásica, didáctica, en parte para compensar la disparidad de testimonios. Tanto el texto como la música puede, ciertamente, resultar algo convencional desde una perspectiva artística, pero cumple su función en el discurso del film.

Algo, sin embargo, revela la base de la argumentación historiográfica: la problematización. Una producción de la Fundación Largo Caballero sobre el sindicalismo socialista bien podía haber sido una hagiografía, un limado de asperezas, una loa heroica del movimiento obrero de esta orientación. No es así. Los conflictos entre las distintas tendencias en plena República y, sobre todo, guerra civil, los enfrentamientos entre el interior y el exterior en la oposición antifranquista, las relaciones con otros sindicalismos, son tratados con la seriedad propia del rigor historiográfico, sin omitir los choques.

En suma, *Historia oral...* debe ser analizada como un material de trabajo en un soporte que, cada día más, habremos de asumir como complementario (y no opuesto) al estudio libresco. Si este material es de altísimo nivel en tratamiento de la historia oral, quizá los documentos visuales y audiovisuales podrían haber sido mejorados; dicho en otros términos, quizá nuestras autoridades y nuestra legislación podrían plantearse mayor generosidad para con el uso de materiales de archivo audiovisual que no tienen por objeto el lucro y la promoción, sino la investi-

---

<sup>1</sup> Este problema no tuvo que plantearse en cine hasta hace muy poco. Su modernidad lo mantenía al día. No será el caso para el futuro y empezamos a sentirlo como un nuevo reto.

gación. Sea como fuere, alguien ha de poseer el arrojo de enfrentarse a los nuevos medios de la historia, con rigor, confrontación, espíritu científico y sin ceder a esa pseudohistoria que nos invade: gestada por periodistas, presentista, pretenciosa, donde la voz del testigo es pasto de una voz que se quiere extrahistórica y que es, tristemente, la más miope de nuestro universo globalizado. Nosotros no formamos parte de la francoalemana ARTE ni tenemos el historial de la BBC ni de la RAI. Que los historiadores, cuyo predicamento en España dista de ser destacado ante la opinión pública, asuman este riesgo es esperanzador. Tiempo habrá de discutir de las opciones, de los usos. Mas ese debate es intelectual; el otro tiene un cariz diferente. *Historia oral del sindicalismo socialista* es, en este sentido, un ejercicio de salubridad pública.

Vicente Sánchez-Biosca  
Universidad de Valencia